

EDITORIAL

EL PRIVILEGIO DE PAGAR MÁS; LAS BENCINAS MÁS CARAS DE CHILE SIGUEN ESTANDO EN RANCAGUA

Si algo distingue a Rancagua en el concierto de las capitales regionales, al parecer, no es solo su ubicación estratégica ni su cercanía con Santiago. Es, una vez más, el dudoso privilegio de liderar el ranking de las bencinas más caras de la zona centro del país.

Porque sí, nuevamente. Otra vez. Como si se tratara de una tradición no escrita, la capital regional de O'Higgins vuelve a destacar donde nadie quiere hacerlo: pagando más por el mismo litro de combustible que en ciudades vecinas.

Y todo esto, además, en un escenario particularmente complejo. El país —y el mundo— enfrenta un alza sostenida en los precios de los combustibles, fuertemente influida por conflictos internacionales que han tensionado los mercados energéticos y encarecido el petróleo a nivel global. Es decir, el contexto ya es difícil por sí solo.

Sin embargo, en Rancagua parece que siempre hay espacio para que nos cobren un poco más. Como si todos los habitantes de la capital regional recibiéramos millones de dólares de la minería.

Los datos publicados en esta edición no dejan margen para interpretaciones optimistas. Mientras en Santiago y Talca existen alternativas más económicas, en Rancagua el precio parte más arriba y, en algunos casos, se dispara varios pesos por litro. Una diferencia que, en tiempos de estrechez económica, no es menor y que termina golpeando directamente el bolsillo de las familias.

La pregunta, a estas alturas, ya no es nueva. De hecho, se ha repetido tanto como las alzas: ¿por qué? ¿Qué explica que una ciudad ubicada a pocos kilómetros de la capital, conectada por las principales rutas del país, termine sistemáticamente pagando más caro?

Las respuestas, cuando aparecen, suelen ser difusas. Que hay menos competencia, que el mercado se regula solo, que las condiciones locales influyen. Explicaciones que, con el paso del tiempo, han perdido fuerza frente a una evidencia que se repite una y otra vez. Porque cuando un fenómeno deja de ser excepcional, deja también de ser justificable. Resulta curioso, por decir lo menos, que en una misma ciudad se puedan observar diferencias de precios entre estaciones de servicio que no siempre parecen responder a una lógica clara para el consumidor. Más curioso aún es que esta realidad no genere mayor inquietud ni respuestas concretas desde quienes debieran observar el funcionamiento del mercado con mayor atención. Mientras tanto, los rancagüinos seguimos haciendo lo que podemos: recorrer más, comparar precios, ajustar gastos. En otras palabras, adaptarse a una condición que, sin mayor explicación convincente, parece haberse instalado como parte del paisaje.

Porque si el contexto internacional ya obliga a todos a pagar más, lo mínimo esperable sería que, al menos, dentro del país existieran condiciones razonablemente equitativas. Pero no. En Rancagua, una vez más, se paga un adicional difícil de explicar.

Tal vez ha llegado el momento de dejar de mirar este fenómeno como una simple estadística que se repite cada cierto tiempo. Porque detrás de cada peso adicional por litro hay un costo real que alguien está asumiendo. Y, como ya es costumbre, ese alguien vuelve a ser el ciudadano común.

Porque si de algo puede estar segura hoy Rancagua, es que lidera un ranking que nadie quiere ganar. Y lo hace, además, con una constancia que ya no sorprende, pero que sí debiera incomodar bastante más de lo que hasta ahora parece hacerlo.